

Dos poemas a la madre

Traducciones de José Luis Cortizo Amaro, publicadas en internet el 22 de abril de 2025,
de:

Conversación, de Giovanni Pascoli, y
A los simples (fragmento), de Abilio Manuel Guerra Junqueiro.

(Expreso mi agradecimiento a las personas responsables del sitio web cuya página
<http://myricaepoesie.blogspot.com/2013/05/myricae-2.html> me fue útil para la
traducción del poema *Colloquio*, de Pascoli).

Giovanni Pascoli: *Conversación*

Los chopos en el aire color viola
surgen entre quejigos, relumbrando
cual oro: sobre el techo de la escuela
se deshace una nube rosa; entonces
entra, como un suspiro, leve; y sola,
blanca, quieta, las manos sobre el pecho,
busca con la mirada a la familia.
Tiene en sus labios su sonrisa suave;
pero llora. Sí: soy aquel, tu Juan...
algo cambiado. Oh madre sepultada:
para mí te dejaron hoy; hablemos.
Debo decirte lo que llevo dentro
desde hace años. Y no llores. La vida
que tú me diste –oh madre– no la amo.

No llores. ¡Es tan triste este trabajo,
vivir sin ti esta vida! ¡En los momentos
de alegría, es tanto dolor este
recordarte de pronto, sepultada!
De los sueños, oh, breves, de los gozos,
me rescato para llorar contigo
para siempre. ¡Morir! ¡Rápidamente!
Partir igual que tú partiste, oh madre.
Tú no debías. ¡Con tu llanto aquel!
¡Con tu niña que casi aún no hablaba!
Debiste, madre santa, hablar con Dios:
que no podías; y que te dejase;
¡y que, mientras, curase aquella vena
que se rompió en tu corazón, oh madre!

No llores, no... ¡Sería tan hermoso
este mundo aromado de misterio!
Sería tu vivir como un sendero
con la hierba aún intacta, bajo un fresno.
¡Y nueva tú serías entre flores,
junto al vuelo de un parlanchín gorrión!
Pero rozando el mudo cementerio
te quedarías pálida en la verja.
Te hablaría del sueño de las larvas

que allí sueñan, y de los tristes setos
que tienen en el sueño muchas flores.
Llorarías allí por lo que muere.
Sonreiríamos junto a aquellas piedras
blancas, entre cipreses y sicómoros.

Pero... lloras como nunca te vi
llorar, atento al bello rostro.
Lo recuerdo: ¡con qué dulce lamento
suplicabas que te dejase al cielo,
con sorda voz! ¿Qué madres dejan solos
los nidos, piando en el viento? Si fuera
por madre te tendría aquí; lo siento:
viva; lo sé: perdóname; sonrías.
Lo recuerdo: nevaba sin cesar.
Y tú, entre cirios, con la muerte al lado,
oyendo el grito de la tramontana,
hablabas todavía de tus niñas;
a quienes no podías, no podías,
tejer sus vestiditos para el frío.

Pero –no llores– sí: mi vida ahora
no es, con todo, tan sola ni tan negra:
cantó al salir el sol el carbonero,
cantaba a mediodía la curruca.
Los canarios me cantan por la noche
en mi cena pequeña y melodiosa:
¡después en primavera aspirarías
aromas de ligustro y de ciclamen!
Y verás los geranios, a cubierto
del hielo: ya revive la verbena,
¿recuerdas? la que tanto te gustaba...
¿Sonrías? ¿Y esos ruidos? Es seguro
que es Ida, que se afana en la cocina.
¿Y María? María por mí reza.

Abilio Manuel Guerra Junqueiro: *A los simples* (fragmento)

¡Mi madre, madre mía! Ay, qué saudade inmensa,
de cuando, de rodillas, rezaba junto a ti.
La noche se acercaba; golondrinas a pares
se cruzaban volando en torno a sus hogares,
en los aleros de esa casa en que yo nací.
Aquella era la hora en que, sobre las eras,
dormía quieto y manso el perro, y sin recelo.
Llegaba desde el monte canción de jornaleras,
¡y allá la Luna blanca, entre las oliveras,
como el alma de un justo, iba triunfante al Cielo!
Y ante el altar aquel que me era tu regazo,
viendo la Luna, muda, alumbrando el espacio,
balbuceaba yo mi oración con piedad,
pidiendo al Dios que está allá en el firmamento,
que mandase un alivio a cada sufrimiento,
que mandase una estrella a cada oscuridad.
Por todos yo rezaba y por todos pedía.
Por aquellos que mueren en tierra negra y fría,
por todas las pasiones y todos los penares...
Por los míseros que entre aullidos de procelas
van en noche sin Luna y en un barco sin velas
errantes a través de turbulentos mares.
¡Y mi corazón puro, inmaculado y santo,
iba al trono de Dios a pedir, como aún va,
para todo desnudo un paño de su manto,
para toda miseria rocío de su llanto,
y su perdón de Padre para toda maldad!
...
Me quedé sin mi madre siendo yo aún muy niño,
pero de su piedad el fulgor diamantino
se quedó bendiciendo siempre mi vida entera,
¡como junto a un león un sonreír divino,
como sobre una horca un ramo de olivera!